

PARODIA DE LOS TRES CHANCHITOS

Pasó, pasa y seguramente seguirá pasando por los siglos de los siglos.

Ningún había una vez.

Si queréis, os cuento un cuento, pero acondicionen vuestras tercas cabezotas porque deberéis tenerme la santa paciencia que, también os digo, de santa no tiene nada.

Tres chanchitos parlantes viven una experiencia de terror, pongámosle que en una ciudad o un paraje llamado Chancholandia, porque había árboles altos, noches de cerrazón y montañas grises y amenazantes... y, joder, un lobo malísimo, que para eso están los lobos, para ser malos, feos y feroces.

En Chancholandia, parece que los chanchos hablaban, y digamos que el que escribió la primera versión puede que se haya fumado un porro importante porque que yo sepa, los chanchos no dicen ni mu, que eso dicen las vacas. Pues sí, los chanchos chancholandeces hablaban, y ¡muy bien!, señores míos.

El lobo tenía hambre, hacía días que no comía porque no encontraba trabajo, o sea, en realidad era marchoso para la juerga pero mañoso para el trabajo. No le gustaba cumplir horarios, cuando iba a trabajar no se bañaba y esas cosas. En resumen, era un desocupado más en este mundo cabrón. Y estaba indignado.

Entonces pensó en manifestarse, en hacer una huelga de hambre, en buscar trabajo, en casarse con una rubia platino, en hacerse estrella de cine de Almodóvar, en hacerse cura... esta última es la que más le gustaba, bien sabéis que los curas comen, cogen, viajan al Vaticano y todo gratis o peor aún a costa del Estado. O peor aún, ¡a costa de nosotros! pero no le daba el perfil. Lo ensayó varias veces frente al espejo de la vieja estación de trenes abandonada de Chancholandia y no. Era imposible que pudiera poner esa cara de pelotudo en estado de bonanza que es necesaria para ser cura. No había caso. Tenía cara de malo, libidinoso, dañino, juguista, cachondo, malo.

Para entonces habían pasado cuatro días de ayuno total, la cosa como os imagináis, se estaba poniendo fea.

Andaba por el prado, con un dolor de panza que ni les cuento y de pronto... ¿qué ve?

¡Pues sí! tres chanchitos gordos, rozagantes, felices, parlanchines y pretenciosos jugando en un parque en excelente estado de conservación. Porque sí, la estación estaba hecha mierda pero el parque, un lujito, fíjense ustedes ¡lo que son las cosas en los cuentitos!

Se escondió en la tupida fronda de un árbol del bosque (para eso hay bosques y frondas en los cuentos, para que se escondan los malos y escuchen lo que no deben, por eso chiquillos cabezones ¡no habléis de cosas secretas cerca de los bosques!), y escuchó, escuchó y escuchó.

Un chanchito, ataviado con una ridícula gorrita roja, pantaloncitos cortos verdes que dejaban ver sus muy rosados y gordonzuelos perniles, y camiseta también verde, les explicaba a los otros dos que él había sido muuuuuuy prolijo en su vida y por eso, cuando construyó su casa, la había hecho de ladrillos y revoque grueso y fino, con muchas habitaciones y pintadita.

El otro canchito, que estaba vestido con un jardinero marrón y gorrita al tono, dijo que él en cambio, había gastado su dinero -obtenido en la trata de blancas- en viajar y viajar por el mundo y que cuando regresó a Chancholandia, lo que le quedaba solamente le alcanzó para hacer una casa de madera. Eso sí, de madera lustrada y pintada color albaricoque. Eso dijo tan pancho el chancho.

El otro chanchito, que estaba medio decaído o borracho, dijo: mientras vosotros construiais casa fastuosas y seguras, o andabais por el mundo de parranda, yo como bien sabéis, me quedé al lado de la pobre madre, que estaba requeteloca y no paraba de escaparse para ir al mercadillo y sacarse la ropa delante de la gente. Los pocos euros que había logrado obtener gracias a la venta de estupefacientes, me los gasté cuando ella murió en el hospital público por exceso de psicotrópicos. Me alcansó para construir un ranchito, puro nylon y maderitas de cajones de frutas, una verdadera mierda, lo sé, pero es lo que tengo, concluyó.

El lobo, a todo esto, ya sabía qué hacer, a saber: ir a lo del chancho pobre, soplar para que se cayera la casa (que era tarea fácil) y engullirlo, pero también sabía porque era gran lector de cuentos para niños, que el muy atrevido se le escaparía a la casa del segundo chancho, y entonces soplaría y soplaría hasta tirarse pedos por las orejotas, y la casa de madera pintada se vendría abajo, pero cuando estuviera o estuviese a punto de comerse a los dos chanchos por el precio de uno, los muy pendejos correrían y correrían hasta quedar sin aliento a refugiarse en la casa del tercer chancho de mierda que había hacho un caserón que ni con el huracán Katrina se lo llevaría puesto.

Entonces salió de la fronda inmensa y los chanchitos se pegaron flor de jamón (porque los chanchos no creáis que se pegan jabones, se pegan jamones que es lo que más miedo les da porque está hecho de sus gorditas carnecitas) y gritaron jijinaaaaaaaaaaaaaaaaa!!!!

El lobo con mucho aplomo les dijo: no os conturbéis, queridos cochinitos, a ésta la hacemos fácil, pero no corran, estoy cansado, no los comeré y lo que os propondré será de amplio beneficio para mí y para vosotros...

¿Qué pensáis que aconteció entonces, queridos niños y niñas?, el chanchito pobretón, miró los ojos enrojecidos del lobo andaluz y dijo... ¡negociemos, pues!

Y lo hicieron, horas y horas de renegociación que el cochinito de la casa de madera pintada de albaricoque iba registrando en un papel, anotando los detalles de la situación.

La noche caía con gran estruendo como de pedos de guiso de lentejas y el acuerdo no llegaba.

De pronto, el lobo enojado y enajenado por la mala ginebra que tomaban tumbados en el prado pastoril sin pastores, le preguntó al chanchuelo escritor: ¿y tú, chancho culto, qué escribes ahí?

El gordito mostrole lo escrito. Y mientras se relamía los bigotes de ginebra mal habida, decidieron que sin los detalles truculentos del caso, podía ser una buena enseñanza para niños del futuro.

Corrieron sin descanso hasta la ciudad vecina, imprimieron el escrito y se llenaron de plata sus amplios bolsillos, de comida sus peludas panzas, y de tonteras las cabezas de los chicuelos en el futuro.